

¡PÍCARA LLUVIA!

Salí del Congreso sofocada, sudando, y temiendo un desastre en mis rizos, dorados por la mañana muy aprisa, sin tiempo para que el tinte se secase lo bastante. ¡Dios mío! ¿estarían deshechos y desteñidos? ¡Qué atrocidad! No temí que se conociera el tinte; eso no. Las mujeres que adoptamos este color, lo hacemos para que se sepa... ¡Es tan carol... He observado que los hombres odian el tinte que pretende ocultar canas, y entoquecen ante una cabeza de muñeca, con cabellos pajizos, sueltos, desordenadamente alborotados. ¿Que no es natural el color? ¡bah! en cambio es parisiense... mundano.

Salí, como digo, del Congreso, y quedé desagradablemente sorprendida, bajo un cielo cubierto de negruzcos nubarrones, que dejaban caer menuda pulverización... ¡Lluvia de cala bobos! Pues, aguacero en puerta... Había que aprovechar los momentos. Abrí el paraguas, recogí mi falda con discreta coquetería y eché a andar en busca del hotel... En mis oídos resonaban aún las enérgicas frases de mi esposo, diputado por Villapagana, dirigidas á uno de sus colegas: « S. S. es un imbécil ». La frase era algo dura, pero justa. Por algo se echó á reír la Cámara en peso y el Presidente no invitó á mi señor marido á retirarla. « S. S. es un imbécil ». No sé qué extraño eufemismo me hacía encontrar delicioso el insulto... A las mujeres nos gusta mucho lo atrevido, aunque tenga sus ribetes de grosero.

Entré por la calle del Turco y salí á la de Alcalá, en busca de la de Peligros... La lluvia comenzaba á formalizarse... Desde que saliera del Congreso, no cesé de sentir á mis espaldas unos pasos hombrunos que, por su insistencia en seguirme, comenzaron á picar mi curiosidad. Varias veces cambié de acera; pero inútilmente. No había que dudar; alguien me seguía. ¿Quién? Lo presumí. Aunque provinciana, no soy tonta... Debía de ser aquel guapo joven, de la tribuna de la prensa, que siempre me mira con simpática sonrisa en los labios... Esto pensando, y teniendo en cuenta que las letras son un gran apoyo para la oratoria, y que mucho pesa una gacetilla encomiástica inspirada en la gratitud, descubrí bandera parlamentaria, recogiendo un poquito más mi airosa falda... para esquivar el barro. Afortunadamente, llevaba mis botitas nuevas, que ajustan á la perfección estos pies que... vamos, me han valido más de un piropo, desde que me llevan por las calles de la corte.

Yo no sé si por culpa de la lluvia ó de la presión atmosférica, los nervios apoderáronse de mí, y una ligera pena en el pecho hacíame suspirar inconscientemente. Lo que entonces pasaba por mí, no he podido explicármelo todavía... Caminaba presurosa, como huyendo de aquellos pasos firmes que me seguían; mi imaginación se fué exaltando y pensé... pensé que mi constante perseguidor, el simpático joven de la tribuna de la prensa, me detenía, me rogaba que le escuchase, que tuviese compasión de él... Yo me indignaba y al mismo tiempo sonreía. Después... después él... terco á mi lado, diciéndome que mi belleza era superior á la de todas las mujeres de Madrid; afirmación que, la verdad, no me producía mal efecto. Al fin, formulaba una declaración en toda regla, y yo... yo, en vez de enojarme, continuaba sonriendo, como animándole á seguir murmurando cosas tiernas... El mozo tenía una imaginación brillante... Se expresaba con calor, con imágenes bellísimas, dignas de inspirado poeta... ¿Por qué hacerle callar? ¡Éra tan de mi gusto aquel coqueteo sin compromiso...! La imaginación de la mujer, si he de juzgar por mí, se parece mucho, muchísimo á una caldera de vapor... Se caldea, la presión crece y crece; pero si se abre á tiempo la válvula, el vapor huye, y todo se normaliza... ¡Cuidado con la presión á que alcanzó mi cerebro aquella tarde! La lluvia, la pícara lluvia que exaltaba mis nervios... Ella era la culpable, ella, porque yo... juro á ustedes que no cruzó por mi mente ni una sola idea pecaminosa... Me gustaba aquel coqueteo mental, ¿á qué negarlo? Por mí, hubiese durado mucho; ¡mucho! ¡Éra tan galante aquel picarón!... En mis fantásticas suposiciones, llegué á verme metida en grave compromiso. ¡Una cita! Yo luchaba... luchaba por decir que nó; pero al fin... Yo no sé qué tiene este picaro Madrid, que su ambiente nos vuelve novelescos á los seres impresionables... Allá, en Villapagana, de fijo no hubiese supuesto tantas agradables picardías. Allí no hay ruido que aturda, ni ojos que miren como los del chico de la tribuna de la prensa, ni quien diga cosas tan lindas... Decididamente, en Villapagana, cuando llueve, no se mojan tanto las conciencias...

Bien, pues al llegar á lo de la cita, que yo pugnaba por rechazar... y que indudablemente hubiese rechazado... ¡no faltaba más!... ¡plaf! una ráfaga de aire, indecorosa, á juzgar por la fuerza con que tiraba de mi vestido, volvió del revés mi paraguas, sacándome de mis febriles quimeras... Lancé un grito de espanto, pugné por arreglar el inútil chirimbo, y Dios sabe cómo me hubiese puesto la lluvia, si en aquel instante no me cubre con su paraguas el alma caritativa que venía siguiéndome. Me volví, resuelta á emendar mis pasados errores *in menti*, y exclamé, con dignidad tribunicia: «—¡S. S. es un imbécil!»

Quedé fría... No era el chico de la prensa quien me cobijaba bajo su paraguas; era mi esposo, que había tenido la humorada de seguirme, no sé si por capricho... ó por otra causa.

El se echó á reír, con la satisfacción del hombre que está seguro de su dicha, y yo... yo, como no había allí presidente que me obligase á ello, olvidé retirar la frase con que mi esposo apabullara á su colega.

LUIS DE VAL



266

DOÑA JUANA LA LOCA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Si grandes fueron las conquistas y el poderío de los Reyes Católicos, mayores fueron sus penas y desventuras como padres amantísimos, ya que en poco tiempo sufrieron los inmensos dolores de ver morir á su primogénito, el príncipe Don Juan; viuda, á su hija Doña Isabel; y gravemente perturbada la razón de su hija Doña Juana, heredera de su trono.

Nació ésta en Toledo, en Noviembre de 1479.

¡Qué vida la suya tan triste, y á la vez tan interesante!

Educada con gran esmero, como todos sus hermanos, por su madre Doña Isabel, distinguióse la princesa Doña Juana por su claro talento y facilidad para aprender, especialmente los idiomas; llegando á hablar el latín cual si fuera su lengua nativa.

En 1496, pasó á Flandes para unirse con el Archiduque Don Felipe de Austria. Este príncipe, aunque de pequeña estatura, era de tan regulares facciones, distinguido porte y fino trato, que mereció el dictado de *Hermoso*. Nada tiene, por tanto, de extraño, que cautivase el impresionable corazón de Doña Juana, la cual sintió por él una de esas violentas pasiones que deciden del porvenir de la criatura. Don Felipe ni correspondió al amor de su esposa, ni siquiera le fué leal. Al casarse con ella, ambicionaba ceñir á sus sienes la corona de España, y no abandonó por un instante dió á luz al luego Emperador Carlos V. En 1502 fué llamada por su madre, la reina Isabel, quien la hizo reconocer por su heredera en las Cortes de Aragón y Castilla. Don Felipe regresó á los Países Bajos, huyendo, dicen algunos cronistas, del ex-

cesivo amor de su esposa; mientras que otros aseguran, que, para continuar lejos de la severa corte de Castilla, su existencia aventurera. Doña Juana corrió tras él, celosa y enamorada, sin que un nuevo alumbamiento, de que nació el príncipe Don Fernando, le trajese el amor de su marido.

Muerta Doña Isabel (1505), su esposo, el rey Don Fernando, juntó Cortes que prestaron juramento de fidelidad á Doña Juana, como reina de España y á él como regente. La gran reina al morir temiendo por la razón de su hija, que ya había mostrado ciertas monomanías cuando su marido marchó á los Países Bajos, tuvo la precaución de nombrar regente á Don Fernando, por si su hija Doña Juana *no quisiera ó no pudiese reinar*. Delicada manera de salvar la incapacidad de su hija, perturbada por esa locura sublime que se llama *amor*.

Algunos nobles, á quienes había domado la férrea mano de Doña Isabel y Don Fernando, tratan de ganar el terreno perdido, y, conociendo el carácter ambicioso de Doña Juana, se oponen á la regencia de Don Fernando, que se retira á Aragón, proclamando al Archiduque, al cual, á pretexto de la locura de su esposa, pide á las Cortes, reunidas en Valladolid, que le otorguen el mando; propuesta que rechazan los dignos procuradores castellanos. El, sin embargo, comienza á ordenar como rey, repartiendo los cargos del Estado á los extranjeros que le han acompañado y á los nobles que le ayudan.

Efímero fué su reinado. El 25 de Noviembre de 1506 moría, casi de repente, de una fiebre *contraída por los excesos de un día de festines y placeres*.



Cuadro de FRANCISCO PRADILLA.

Premio de honor en la Exposición de 1876.

Doña Juana no le abandonó un instante. Embalsamado, al uso de Flandes, le hizo vestir un rico traje de brocado forrado de armiños, una gorra con un joyero á la cabeza, una cruz de piedras al pecho, y borcegués y zapatos á la flamenca. ¡El traje mismo con que le vió por la primera vez!

Días y noches pasó la infeliz contemplándole, sin ocuparse de los negocios del Estado. La reina había desaparecido, y sólo quedaba la esposa. Un día, sin embargo, llamó á su secretario Lazarraga y le mandó revocar todos los nombramientos hechos por su marido, devolviendo los cargos á los antiguos servidores de sus padres.

Empeñóse en trasladar á Granada el cadáver de Don Felipe, no sin verle antes. Contemplóle largo rato y no lloró... ¡Había llorado tanto por las infidelidades de su esposo con las damas flamencas que ya no tenía lágrimas!

Colocado el cadáver en un magnífico féretro y sobre un carro fúnebre, tirado por cuatro caballos, emprendió la marcha, seguida de algunos prelados, eclesiásticos y caballeros que no quisieron abandonarla. Doña Juana, cubierta con un largo velo, iba detrás, pareciendo la imagen del dolor. Aquella triste procesión tan sólo caminaba de noche, pues decía la sublime loca: «una mujer honesta, después de haber perdido á su marido, que es su sol, debe huir de la luz del día.»

En todos los pueblos en que descansaba le hacía funerales, prohibiendo la entrada á las mujeres. Acontecióla que marchando de Torquemada á Hornillos, mandó colocar el féretro en un convento de monjas, pensando que era de frailes. Al averiguarlo ordenó sacar el ataúd, y, no habiendo en el pueblo iglesia, le hizo llevar al campo, donde permaneció con la comitiva sufriendo todos los rigores de la estación. Momento interesante, elegido con mucho talento por el insigne artista don Francisco Pradilla para pintar su cuadro, verdadera joya del arte pictórico en nuestros días.

Con frecuencia hacía abrir la caja, tanto para ver si se lo habían robado, como por si resucitaba, según le había ofrecido un fraile cartujo.

Retirada á Arcos, trasladóse por último á Tordesillas, siempre con el féretro, aposentándose en el palacio y colocando el cuerpo del Archiduque en la iglesia de

Santa Clara, unida al mismo, y de tal modo dispuesto el túmulo, que ella pudiera verle desde su cámara.

Muerto su padre, sólo tuvo un momento lúcido, cuando Juan de Padilla, en la época de las comunidades, se presentó en Tordesillas. Al oír de su boca las vejaciones que los flamencos hacían sufrir á Castilla, les dijo:

—Mientras que yo no pueda remediar eficazmente los males de que os quejais, proseguid haciendo todo lo que convenga al bien público.

Su estado no era, pues, tan grave. ¿Quién sabe si tratada de otro modo, hubiera la infeliz recobrado la razón? Desgraciadamente, olvidada por su hijo Don Carlos, tuvo más por cárcelero que por guardián al marqués de Denia, *hombre de carácter acro, contra quien todos hablaban y todos se quejaban*, llegó á quitarla hasta su confesor, el P. Juan de Avila, y á encerrarla en una cámara que no tenía más luz que la de unas velas (Carta al Emperador, de su tía Doña Catalina).

En el mes de Enero de 1555 creció su locura, pasando los días en un lastimero grito con que aterraba el palacio y entrística al pueblo; mostrando un gran horror á todas las cosas piadosas. Afortunadamente, llegó á Tordesillas el antiguo Duque de Gandía, que en su niñez había sido paje de la Infanta Doña Catalina, ya convertido en San Francisco de Borja, y sus atenciones y cariños pudieron lo que no habían logrado las suspicacias y crueldades del Marqués de Denia. Doña Juana se serenó un tanto, confesó con gran fe, recibió la sagrada Extrema-unción, y murió repitiendo las oraciones que su piadoso auxiliante le decía. Sus últimas palabras fueron estas: *¡Escríbame crucificado sea conmigo!*

Era el 11 de Abril de 1555.

¡Triste destino el de esta desgraciada criatura: hija, perdió á su madre cuando más la necesitaba; reina, no llegó á gobernar; esposa, vióse olvidada y vendida por su marido; madre, no recibió los cuidados y los cariños que prodigó á sus hijos!

El amor, fuente para otros de dichas, fué para ella torrente de amarguras.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

267